



ESPERANZA PARA LA FAMILIA

Todos están hablando acerca de la familia. En las fiestas, con los vecinos, en el sitio de trabajo, y en los lugares secretos la gente está hablando sobre sus familias. Trágicamente, muchas de estas incontables conversaciones están llenas de palabras desesperanzadoras.

Como pastor, oigo cosas como: “¡Simplemente no creo que mi matrimonio pueda ser diferente!” “Mi hijo está perdido. ¡No puedo verlo regresar de donde está!” “¡Si usted conociera a mi hermana, entonces entendería por qué la clase de relación que sueño tener con ella es un imposible!” “¡He tratado de acercarme a mi mamá, pero es que duele tanto que ya no puedo intentarlo más!”

Todos hemos dicho palabras en algún momento de desesperación las cuales lamentamos y de las cuales estamos tentados a decir: “no quise decir esto; no estoy seguro de dónde salió”. Pero en realidad sabemos que las palabras vienen de nuestro interior. En Mateo 12:34, Jesús enseñó *porque de la abundancia del corazón habla la*

boca. Si el corazón es el lugar donde residen los verdaderos sentimientos, entonces los corazones de muchos están llenos de desprecio por sus familias. Existe el miedo de que las situaciones nunca cambien y rondan pensamientos negativos acerca de que otro intento para mejorar la relación, sólo conducirá al fracaso.

Esta es una situación triste para cualquier persona, pero especialmente para aquellos que somos seguidores de Cristo. Después de todo, adoramos al Dios Todopoderoso, que dice “¡Yo estoy para los asuntos imposibles!” (Anótalo).

Él es quien dijo: *Llámame que yo te responderé, y te diré cosas grandes y poderosas, que tú no conoces* (Jeremías 33:3). Dios ha sido insistente diciendo una y otra vez: “¿Sabes algo? ¡Cuando el escenario parece desesperanzador, y la solución parece estar fuera del alcance, cuando parece que no puede producirse ningún cambio, llámame, que Yo te responderé!”

En el siguiente capítulo pasaremos buena parte del tiempo aprendiendo lo que podemos hacer para experimentar el poder transformador de Dios en nuestra familia. Pero no tiene sentido seguir adelante, si no creemos realmente que nuestra familia puede cambiar. Sin esperanza, estamos perdiendo nuestro tiempo y, ninguno de los dos quiere esto, ¿cierto? El objetivo, entonces, para este capítulo, es que Dios produzca esperanza en nuestros corazones –la esperanza de que nuestros mejores días no están en el pasado, sino que nuestros momentos familiares más felices, aún están por venir. La esperanza es la cordial confianza en que los momentos más gozosos de nuestro matrimonio, con nuestros hijos

y nietos no están en el espejo retrovisor, sino justo a la vuelta de la esquina. Cuando verdaderamente creo que los mejores días para mi familia están aún en el futuro, tengo esperanza.

La esperanza está prometida en la Palabra de Dios

La Escritura tiene mucho que decir con relación a la esperanza. Aquí sólo hay unos pocos pasajes que el Señor ha usado para “cargar” esperanza en el horno de mi propio corazón:

¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, pues he de alabarle otra vez por la salvación de su presencia (Salmos 42:5).

Porque tú eres mi esperanza; oh Señor Dios, tú eres mi confianza desde mi juventud (Salmos 71:5).

Espero en el Señor; en Él espera mi alma, y en su palabra tengo mi esperanza (Salmos 130:5).

Y hay esperanza para tu porvenir —declara el Señor—, los hijos volverán a su territorio (Jeremías 31:17).

Porque todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza (Romanos 15:4).

La esperanza puede ser robada

Para que verdaderamente usted pueda construir su esperanza con el objetivo de ver toda la transformación venidera, sólo puedo darle una charla para levantar el

ánimo. Para tener la certeza de que nuestras familias pueden cambiar, también debemos mirar lo que nos roba nuestra esperanza. Créame, el mensaje de confianza está llegando, pero primero necesitamos un claro entendimiento sobre por qué los asuntos de la familia frecuentemente perforan un agujero en nuestra reserva de fe.

No son los problemas en el trabajo, ni aún en la iglesia, los que drenan nuestra esperanza; es el dolor en nuestras familias. No hay dolor como el dolor familiar. Este tipo de dolor es el que logra un mayor daño, golpea más fuerte, es más doloroso y persiste por más tiempo. Puede provenir del pecado de un hijo pródigo o la pérdida de un ser amado.

Escribo esto gracias a mi reciente experiencia personal. El verano pasado mi abuela murió de repente en un accidente de tránsito. Ella tenía 86 años, y era la piedra angular espiritual de nuestra familia. Ella y mi abuelo nacieron en Cristo en los años 30 y subsecuentemente condujeron a mi bisabuelo a Cristo. Por más de cinco años, mi abuela siguió a Cristo y estudió Su palabra, pero por sobre todo, ella oraba. Era una mujer de oración como *nunca* he conocido a nadie.

¡Cuántas veces recuerdo haber visitado su gran finca y haberme sentado en esa habitación especial! Dos sillas se enfrentaban justo frente a un gran ventanal. Ella me alcanzaba con ambos brazos para tomar mis manos; entonces cerraba sus ojos y empezaba a orar al Señor por mí, por mi esposa, y por cada uno de mis hijos, siempre con peticiones específicas de oración. Inevitablemente, oraba por cinco, 10 y hasta 15 minutos sin detenerse.

Abría mis ojos y podía ver las lágrimas corriendo por mi mejilla (mi abuela tenía sólo un ojo como resultado de una enfermedad en la niñez). Tengo innumerables recuerdos de esos tiempos de oración.

Después de que ella se levantaba, toda nuestra familia política regresaba a su casa y entraba en la habitación de la oración. La habitación contiene algunos cofres antiguos y tablas, cada uno con uno o varios cajones. Empezamos a revisar los cajones y descubrimos que estaban atestados de papel borrador. En cada pedazo había una fecha y una lista de oraciones detalladas que mi abuela había elevado en esa habitación a través de los años por nuestra familia. Por supuesto, es naturalmente humano buscar su propio nombre y preguntarse sobre qué habría estado orando la abuela en 1974 o en cualquier otra fecha. Pronto encontré varios pedazos de papel con mi nombre en ellos y con temas específicos que yo había cargado por años. Muchas de ellas habían sido, hace tiempo, olvidadas por mí, pero recordadas ante el Señor por mi abuela. Oraciones específicas, pronunciadas en favor de cada hijo, esposa; oraciones fervientes y visionarias por cada nieto y bisnieto.

¡Qué legado tan perdurable de oración! Estoy seguro de que la eternidad mostrará mucho más de lo que he imaginado como fruto de mi vida –si hay algo loable en ella– y estará relacionado muy poco con mis esfuerzos pero mucho más con la fidelidad de mi abuela.

Así que ha sido una gran pérdida. No hay dolor en el mundo como éste. Nos ataca en el verdadero centro de nuestro ser, y nos lleva a dudar sobre la divinidad de Dios. El dolor de familia asalta nuestra esperanza e in-

tenta desesperadamente, como ninguna otra sensación, conquistar nuestro corazón.

Las cosas no han cambiado tanto

Usted tiene su propia historia. Usted conoce de primera mano que nadie puede herir tanto como los que están bajo nuestro mismo techo. Esto es cierto en nuestro tiempo, y definitivamente era cierto en los tiempos de la Biblia. Considere el ejemplo del Rey David. Al final de su vida, él había pasado por altibajos. Había triunfado sobre Goliat, el guerrero filisteo, pero experimentó una gran persecución por parte del Rey Saúl. Él se hizo rey luego de la muerte de Saúl y ganó poderosas batallas con el ejército israelí; pero después, David tuvo una relación adúltera con Betsabé y fue confrontado por el Dios Todopoderoso a través del profeta Natán. David había experimentado muchas aflicciones, pero su mayor dolor estaba aún por venir.

Si la familia es el mayor objetivo de dolor en nuestros corazones, entonces nuestros hijos son el blanco. Nadie —y literalmente quiero decir nadie— puede devastarlo tanto como sus propios hijos. David aprendió esta verdad de primera mano cuando su hijo, Absalón, se volvió en contra de él y fue rebelde. El episodio mismo es tan sórdido y nauseabundo que parecen las líneas de una telenovela. Todo comenzó cuando Absalón asesinó a su medio hermano en retaliación por haber violado a su hermana Tamar. Más tarde, Absalón se puso celoso de la popularidad de su padre, hizo que sus más cercanos consejeros se volvieran en contra de él y persiguió a David para sacarlo no sólo del trono, sino de la ciudad de Jerusalén.

Así que ahí estaba David, solo en el exilio, mientras que los destrozados remanentes de su ejército estaban tratando de derrotar a su propio hijo. ¡Doloroso!

En 2º Samuel 18, se ven dos mensajeros acercándose al rey exiliado para ponerle al tanto sobre la batalla. El primero, temeroso de la ira, da un reporte vago y a medias.

Así que David interrogó al segundo mensajero, el cusita: *¿Y está bien el joven Absalón?* (versículo 32). Él no estaba preocupado por la batalla, la victoria o el trono. Lo que quería saber desesperadamente era si *estaba bien su hijo*. Leyendo la historia usted quisiera decir. “¿Se refiere al hijo que ha estado peleando en su contra? ¿El que lo podría matar en un segundo si tuviera tan siquiera una oportunidad?”

El cusita le respondió: *Permite que los enemigos del rey mi señor, y todos los que se levanten en tu contra para hacer maldad, sean como el joven muchacho*. Gentilmente planteado, pero claramente comunicado, el preciado hijo de David, Absalón, estaba muerto.

No hay duda de que todos los presentes contuvieron el aliento mientras esperaban la respuesta de David. El versículo 33 dice: Y el rey se conmovió profundamente, y subió al aposento que había encima de la puerta y lloró. Y decía así mientras caminaba: (Imagínelo caminando de un lado al otro, retorciéndose las manos) ¡Hijo mío Absalón; hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera haber muerto yo en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío! ¡Cómo puede explicar que David, el guerrero implacable, estaba llorando como un niño cuando su

pudo encontrar. En dos ocasiones diferentes, regresó a casa embarazada.

El primer hijo ilegítimo fue llamado *Lo-ruhamah*, que quiere decir “no amado” y el segundo *Lo-amimi* que significa “no mío”. Solo imagine al fiel profeta de Dios caminando por las calles y presentando a sus hijos. “Quiero que conozcan a mis dos hijos, *No amado* y *No mío*”.

¡Es absolutamente descorazonador! La Biblia no es una fotografía retocada, y muchos de sus versos más tristes son versos acerca de la familia. Las historias son un paralelo de nuestras propias vidas y proclaman la verdad: No hay dolor como el dolor ocasionado por la familia.

Las estadísticas no mienten

El sufrimiento familiar es tan común en nuestros días que raramente necesita descripción, pero aquí hay algunos resultados de investigaciones actuales:

- El 34% por ciento de las parejas de matrimonios hoy en Estados Unidos se han divorciado al menos una vez.
- De los cristianos que se han divorciado, el 90% reportan que su divorcio ocurrió después de su conversión.
- Una revista muy popular preguntó a sus lectores, “¿Qué hubiera preferido tener: 5 horas extra a la semana en casa, o diez mil dólares al año?” El 83% escogió el dinero.
- Para las mujeres de edades entre 15 y 44 años, la violencia doméstica es la causa más común

de heridas. Tristemente, la iglesia no es inmune. Resumiendo los estudios, 10 de cada 60 mujeres en la iglesia sufren abuso verbal en el hogar, y 3 de estas 10 han sufrido abuso físico.

- Más de una cuarta parte de los hijos de norteamericanos, cerca 77 millones, no viven con sus padres.
- Uno de cada tres niños, nacidos en los Estados Unidos en nuestros días, es hijo de madres solteras.

El Centro Nacional de Adicción y Abuso de Sustancias investigó cientos de niños en edades entre los 12 y los 17 años y encontró que solo el 25% reportó que vivía en una casa donde los padres se establecían como autoridad e imponían reglas. Tres de cuatro vivían en casas sin reglas, sin directrices, sin límites, y sin toques de queda. Y de allí se deriva cada estadística relacionada con la disfuncionalidad, desde exposición prolongada al abuso de sustancias psicoactivas hasta la actividad criminal adulta.

¿A quién se debe culpar por todo este dolor?

Ahora sabemos lo que drena la esperanza de nuestros corazones; pero, ¿qué es lo que causa todo este dolor en la familia? Claramente, el dolor por la familia está a nuestro alrededor. Usted no debe mirar lejos para encontrarlo. ¿Pero por qué? Si el dolor de familia es lo que menoscaba la esperanza de nuestros corazones, ¿de dónde viene? Bien, con el riesgo de establecer lo obvio, todo este dolor es directa o indirectamente el resultado del *pecado*.

En el principio

En el principio no había dolor familiar. Dios había creado el universo entero —hablando de la existencia de todas las cosas, desde los planetas y las estrellas hasta la tierra misma, y cada planta y animal que se encuentre en nuestro mundo— y era bueno en gran manera (Génesis 1:31). Entonces Él llegó al momento culminante de la creación:

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra (Génesis 1:26-28).

¡Adán y Eva estaban hechos! No había ningún tipo de dolor en el Jardín del Edén, mucho menos problemas familiares. Tenían una relación perfecta con Dios —y el uno con el otro— porque aún no habían pecado. Tenían un alojamiento “cinco estrellas”, comida en la mesa cada día, y un buen trabajo para hacer.

Cada día Adán y Eva se levantaban de su cama y se decían uno al otro: “¿Entonces, qué quieres hacer hoy?” Adán diría a coro: “Seamos fructíferos y multipliquémonos. ¡Me encanta ese trabajo!” Y Eva diría algo como:

“¿No debes empezar a darle nombre a los animales?” (Las cosas no han cambiado mucho, ¿no es cierto?). Pero el punto importante aquí es que no había ningún dolor. Esa primera familia vivía en perfecta armonía.

Descendiendo en el pecado

En Génesis 3, sin embargo, todo cambió, y como descendientes espirituales de ellos, aún estamos experimentando la desobediencia. Génesis 3:1 dice: *Y la serpiente era más astuta que cualquiera de los animales del campo que el Señor Dios había hecho. Y dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: “No comeréis de ningún árbol del huerto?”* Note que la *Palabra de Dios es cuestionada*. Ese es el primer paso en el descenso de cada familia. Decimos: “Sé lo que Dios dice, pero realmente, ¿Él quiso decir esto?” Cuestionamos los claros planteamientos divinos.

Y en los versículos 2 y 3 dice: *Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, ha dicho Dios: “No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis”*. El segundo paso ocurrió cuando *la Palabra de Dios fue distorsionada*. Dios nunca dijo que no podían tocar el fruto; Él solo dijo que no podían comerlo. Ellos podían consentirlo todo lo que quisieran; simplemente no podían consumirlo. ¡Cuán importante es tomar la Palabra de Dios correctamente! Estamos buscándonos graves problemas cuando la distorsionamos y hacemos decir a Dios cosas que Él nunca ha dicho.

Desde ese momento las cosas empezaron a ir en una caída vertiginosa. *Y la serpiente dijo a la mujer: “Ciertamente no moriréis. Pues Dios sabe que el día que de él co-*

máis, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal” (versículos 4-5). Tal vez Eva dudó en su propia mente: “Pero, un momento, creo que Dios dijo que moriríamos”. Satanás declaró: “¡No, ustedes no morirán!” Abiertamente, *la Palabra de Dios es negada*. Este es el tercer paso.

Estamos avocándonos a grandes problemas familiares cuando permitimos que la Palabra de Dios sea cuestionada, distorsionada y negada.

El paso final hacia la caída ocurre cuando *la Palabra de Dios es desobedecida*. Note el versículo 6: *Cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y que el árbol era deseable para alcanzar sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió*. Ve usted en ese versículo todas las palabras importantes: “¿con ella?” ¿De dónde sacamos esta noción de que Adán estaba en la oficina cuando todo esto pasó? Él estaba justo ahí, con ella, y pecaron juntos. ...y *dio también a su marido que estaba con ella, y él comió*. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales (v.v 6, 7).

Apogeo del dolor familiar

El pecado entró en el mundo y con éste el dolor familiar. Adán y Eva desobedecieron los mandamientos directos de Dios, y las consecuencias para la familia fueron inmediatas y desastrosas: se *rompió la comunión con Dios* (se escondieron); entró la *vergüenza* recordándoles de sí mismos y de sus cuerpos (se cubrieron); y empezó una *lucha relacional* (se culparon el uno al otro). Y el juicio

de Dios trajo dolor a la familia. Dolor en sus roles, dolor en el trabajo del hombre, y mucho más dolor en los partos de la mujer. Y todo el dolor familiar, desde ese día hasta ahora, es resultado del pecado.

Sé que hay hombres y mujeres que están leyendo este libro y que se sienten muy solos en su matrimonio. Quizá están pensando: “¿Esto era todo? ¿Para esto me casé? ¿Esto es lo que debo esperar por el resto de mi vida?” Maridos distraídos. Esposas separadas. Relaciones distantes. Sintiendo tan solos y, la mayoría del tiempo, sufriendo en silencio.

Tal vez ustedes sean fuertes como pareja pero están devastados porque los hijos están tomando elecciones que rompen su corazón. Para otros, son las cargas financieras: – “¿cuántas deudas ustedes han acumulado en sus tarjetas de crédito?” “¿Tiene que estar bromeando conmigo!” Mientras conozco más familias y trato de ayudarlas, muchas veces he pensado, *¿cómo puede una persona hacer esto?* La respuesta es simple y concreta. Es el pecado. Es pensar que las cosas nos pueden hacer más felices que Dios.

Tal vez la infidelidad ha dejado cicatrices en su familia. Tal vez el abuso de sustancias, la adicción sexual o algo mucho peor. Tal vez son miles de pequeñas cosas que podrían y deberían ser mucho mejores. Y si se dijera la verdad, usted se estaría preguntando: “¿Algo de esto podrá alguna vez cambiar?”

La esperanza comienza aquí mismo

La esperanza empieza por llamar a los problemas de mi familia *pecado*. Hasta que estemos deseosos de titular

los asuntos en nuestros hogares con su verdadero nombre –*mi pecado, mi negligencia, mi evasión de los temas; mi rechazo a vivir de acuerdo con la Palabra de Dios*– no experimentaremos la gracia transformadora de Dios. Mientras lo llamemos *debilidad* cuando Dios lo llama *testarudez*, no experimentaremos Su gracia. Mientras le llamemos *accidente* cuando Dios le llama *abominación*, habremos perdido la benevolencia de Dios hacia nosotros. Mientras le sigamos llamando *indiscreción* cuando Dios le llama *iniquidad*, perderemos Su bendición.

Debemos estar deseosos de sacar las cosas horribles – cualesquiera que éstas sean– sobre la mesa y enfrentarlas honesta y abiertamente diciendo: “tienes razón Dios, Es lo que tú dices: ¡es pecado!”

“Este dolor en nuestra familia es el resultado de que hemos quebrantado y perdido tu favor”. Sólo entonces experimentaremos el poder de Dios para transformar vidas.

Ahora las Buenas Nuevas

¿Todo a favor de las buenas nuevas? Aquí están: Dios puede limpiar el pecado de su familia. El dolor de familia que usted puede haber estado sintiendo, puede ser sanado si está deseoso de reconocer su fuente y tratar con ella a la manera de Dios.

¿Piensa que su familia tiene algunos problemas? ¿Que todos ustedes necesitan consejería o alguna ayuda? Bueno, la familia de Dios en Isaías 1 tenía tantos problemas como usted pueda imaginar. Estaban tan alejados, que Dios se estaba sintiendo desilusionado de ellos.

de Dios trajo dolor a la familia. Dolor en sus roles, dolor en el trabajo del hombre, y mucho más dolor en los partos de la mujer. Y todo el dolor familiar, desde ese día hasta ahora, es resultado del pecado.

Sé que hay hombres y mujeres que están leyendo este libro y que se sienten muy solos en su matrimonio. Quizá están pensando: “¿Esto era todo? ¿Para esto me casé? ¿Esto es lo que debo esperar por el resto de mi vida?” Maridos distraídos. Esposas separadas. Relaciones distantes. Sintiendo tan solos y, la mayoría del tiempo, sufriendo en silencio.

Tal vez ustedes sean fuertes como pareja pero están devastados porque los hijos están tomando elecciones que rompen su corazón. Para otros, son las cargas financieras; – “¿cuántas deudas ustedes han acumulado en sus tarjetas de crédito?” “¿Tiene que estar bromeando conmigo!” Mientras conozco más familias y trato de ayudarlas, muchas veces he pensado, *¿cómo puede una persona hacer esto?* La respuesta es simple y concreta. Es el pecado. Es pensar que las cosas nos pueden hacer más felices que Dios.

Tal vez la infidelidad ha dejado cicatrices en su familia. Tal vez el abuso de sustancias, la adicción sexual o algo mucho peor. Tal vez son miles de pequeñas cosas que podrían y deberían ser mucho mejores. Y si se dijera la verdad, usted se estaría preguntando: “¿Algo de esto podrá alguna vez cambiar?”

La esperanza comienza aquí mismo

La esperanza empieza por llamar a los problemas de mi familia *pecado*. Hasta que estemos deseosos de titular

la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como blanca lana quedarán. ¡Impresionante! Es Su propio corazón revelado en Éxodo 34:6-7:

Entonces pasó el Señor por delante de él y proclamó: El Señor, el Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad; el que guarda misericordia a millares, el que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, y que no tendrá por inocente al culpable; el que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación. Este mismo corazón ocasionó que Miqueas dijera, ¡Qué Dios hay como tú, que perdona la iniquidad y pasa por alto la rebeldía del remanente de su heredad? No persistirá en su ira para siempre, porque se complace en la misericordia (Miqueas 7:18).

Yo proclamo a un Dios que es amoroso y perdonador que quiere, aún más de lo que usted desea, sanar el dolor de su familia. Pero debe comenzar con un reconocimiento honesto. “No he sido la esposa que Tú has querido que sea”. “No he sido el hijo que Tú quieres que sea, Dios”. “No he sido la hija que debía ser. He herido a mis padres pero ahora lo quiero hacer bien”.

Nadie acepta creer que el problema es pecado

Tal vez usted dice: “Soy un pecador, no hay duda acerca de esto. Pero simplemente no veo cómo encajar con Dios para que cambie las circunstancias en mi familia. ¡Ellos están demasiado estropeados!” Este es el trato: Hay tantas palabras sin sentido escritas hoy en día acer-

ca de la familia. Si escucho a una persona más decir que el principal problema en el matrimonio es la comunicación, ¡me voy a enfermar! Todo el mundo está hablando acerca de temas que son el *fruto* cuando el tema real de *raíz* siempre es el mismo: el pecado. Usted dice: “Mi esposo simplemente no sabe cómo comunicarse”. ¡Pero él sale con sus amigos y habla por cuatro horas seguidas acerca de un tema de deportes que le interesa! Su problema no es la comunicación; es el orgullo. Éste hace que los hombres devoren a sus esposas emocionalmente y encuentren su afirmación en los amigos del trabajo. No es que no sepamos *cómo* hablar; es el orgullo lo que nos impide abrirnos, hacernos vulnerables y amorosos ante nuestras esposas.

La esperanza de la familia comienza cuando llegamos a la raíz del asunto, y siempre es la misma: pecado.

Usted dice: “No, no; nuestro conflicto no es por el pecado, es un problema financiero”. Pero el asunto más profundo bajo las finanzas es un problema de materialismo, de gastos excesivos. Usted piensa que las *cosas* pueden hacerlo feliz, pero no; sólo Dios puede. “Podemos tener problemas sexuales” o “problemas de disciplina” o “problemas de abuso de sustancias”. ¿Quiere un maquillaje superficial, o quiere transformaciones de vidas? Si quiere lo último, entonces debe quitarse del fruto e ir a la raíz. Marque esta palabra por completo “pecado”. Cuando usted está deseoso de llamarlo como lo que realmente es, Dios dice: “¡Entonces lo estás logrando!” En consecuencia Su gracia comenzará a fluir en su vida, y el cambio que desea empezará a desarrollarse.

Sólo Dios puede...

Sólo Dios puede cambiar a nuestras familias. El Salmo 127:1 es uno de mis favoritos, y lo menciono con frecuencia. *Si el SEÑOR no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el SEÑOR no guarda la ciudad, en vano vela la guardia.* Todos nuestros esfuerzos, todos sus intentos, son completamente vanos, a menos que usted esté unido en compañerismo con Dios. Si esto es así, entonces sus mejores días están por venir.

Aquí hay un preámbulo de tres recompensas que debe esperar cuando usted se compromete a asociarse con Dios para obtener limpieza y transformación.

1. *Este compromiso con Dios, derrite nuestro orgullo. "Soy yo, Dios. Yo soy el problema en mi familia". ¿Quiere ver cómo Dios hace fluir algo maravilloso en su matrimonio? Antes de que su cabeza toque la almohada esta noche, dígame a su cónyuge: "Dios me ha estado enseñando algunas cosas importantes. Quiero que sepas que he sido una gran parte del problema en nuestro matrimonio. ¿Podrías orar para que Dios me haga un mejor compañero para ti?" Esto derrite el orgullo. Usted dirá: "¿Y qué pasa si mi esposo, o esposa, no lo dice también?" Déjele esto a Dios. Sea un instrumento de Su gracia en su hogar. Santiago 4:6 dice: *Pero Él da mayor gracia. Por eso dice: Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes.**
2. *Este compromiso de asociarse con Dios limpia la pizarra.* Muchas personas no ven alguna transformación en sus familias porque piensan: "¡Las cosas están

tan mal ahora! ¿Cómo puede Dios convertir esto en una obra maestra? ¡Hay tantas cosas negativas! Esta es la gracia de Dios. Puedes pasar a la nueva página. Usted no debe construir su futuro sobre las fallas del pasado. Ahora puede limpiar la pizarra. *Venid ahora, y razonemos -dice el Señor- aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como blanca lana quedarán* (Isaías 1:18). Usted puede comenzar de nuevo para ser el hombre o la mujer que Dios quiere que sea para su familia. Limpie la pizarra.

3. *Este compromiso de aliarse con Dios libera Su gracia.* Dios quiere que Su gracia fluya y favorezca a su familia. Usted puede haber dicho algo a su esposa hace una semana, y normalmente esto pudo no haber llegado a ninguna parte. Pero Dios le dará gracia ante los ojos de ella. *Humillaos en la presencia del Señor y Él os exaltará* (Santiago 4:10). Cuando usted se alinea con Dios, cambios fenomenales empiezan a suceder en su vida.

Deje que las cosas buenas rueden

Puedo decirle con seguridad que *nadie* al final de la vida dice: “¡Ah! ¡Si pudiera hacerlo de nuevo, pasaría más tiempo en la oficina!” ¡Nunca nadie ha deseado haber dado más tiempo a los hobbies y los viajes! Esas no son las actividades que amplían el gozo y la felicidad. No, al final de la vida, todo el mundo siempre habla acerca de los mismos temas; su familia, su cónyuge y sus hijos. El apóstol Juan dijo: *No tengo mayor gozo que éste: oír que mis hijos andan en la verdad* (3ª Juan 4).

Bien sea por nuestros descendientes físicos o espirituales, es nuestra familia la que nos trae gozo. Es la celebración de un hijo sirviendo a Cristo. Es la hija que cría a sus hijos según los principios que le hemos enseñado. Son nuestras Bodas de Oro. Esos son los grandes gozos de la vida, y vale la pena luchar por ellos.

Su gracia es para *cualquier* situación

Mis abuelos compraron una cabaña en la región Muskota de Ontario, Canadá, en los años 60's, el año en que nací. Cuando mi padre creció, compró su propia cabaña ahí, y luego uno de mis hermanos hizo lo mismo. Tenemos un pequeño grupo familiar justo al lado de una de las más importantes asambleas bíblicas en Canadá, la Convención Bautista de Muskota. Nuestra familia política ha estado asistiendo allí por mucho tiempo, desde que recuerdo. Durante los últimos años, he tenido el privilegio de proclamar la Palabra de Dios en esa congregación. Llevé un grupo de alabanza de mi iglesia conmigo, y ministramos en los servicios de la mañana y de la tarde durante una semana cada verano.

El verano pasado fue la primera vez que mi abuela no estuvo sentada en la segunda fila cuando abrí la Palabra de Dios. Después de una boda, mi abuela manejó sola las cuatro horas en la mañana del jueves para encontrarse con nosotros en la cabaña y asistir a los servicios finales de la semana. (Usted dirá: "¿Por qué nadie iba conduciendo con ella?" Créame, ino se le podía decir nada a ella! ¡Ella iba a manejar y punto!). Mientras conducía por la carretera, un carro evadió un aviso de pare y se estrelló justo en frente de ella. Ella no alcanzó

a tocar los frenos. Murió instantáneamente y partió a la presencia del Señor.

Para la noche del jueves, cuando la abuela no llegó a la cabaña, nos estábamos preguntando dónde estaba. Mi padre se sentó durante seis horas en el porche, orando y esperando verla llegar por la carretera. Ella no tenía celular, así que no pudimos llamarla.

Sólo esperar, esperar y esperar. Y mientras el sol bajaba, empezamos a pensar lo peor. Era el tiempo del servicio de la tarde, y yo tenía que predicar. Estaba hablando sobre el Salmo 23. Inmediatamente después de que el servicio acabó, salí corriendo de la capilla y mi hermano mayor vino a mi encuentro.

“La abuela está con el Señor”, me dijo. Caminé unos pocos pasos hacia el parqueadero, incliné mi cabeza, y lloré calladamente por unos pocos momentos. Una increíble y dolorosa pérdida.

Pero si usted busca la gracia de Dios en cualquier situación, puede encontrarla. Era la primera vez en 9 años que toda mi familia estaba en la cabaña: *todos* mis hermanos; *sus* esposas, *todos* sus hijos, *todos* juntos; a pesar de que vivimos tan lejos el uno del otro. Era toda una escena, llorando, orando, confortándonos y ministrándonos los unos a los otros en la noche. La mañana siguiente mi padre nos reunió a todos y dijo: “Esto es lo que la abuela hubiera querido”. Nos condujo a la cabaña de ella, oramos juntos y hablamos sobre lo que significó su vida y lo que más extrañaríamos de ella. Ciertamente no me sentía con ánimo para predicar, pero papá pensó que a la abuela le hubiera gustado que

todos estuviéramos en el servicio de la capilla (le sacaba de casillas si las personas iban a la cabaña pero no iban a los terrenos de la asamblea para asistir a la capilla).

Según la providencia de Dios, mi mensaje fue del Salmo 23:4: *Aunque pase por el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento*. Me levanté y prediqué con el corazón en la mano. Una de las frases que estudiamos fue: *Él restaura mi alma; me guía por senderos de justicia por amor de su nombre* (versículo 3), y cómo Dios guía los pies de Sus hijos en circunstancias difíciles para que podamos proclamar la superioridad de la vida vivida en Dios. Él nos permite experimentar los tiempos más difíciles para que podamos decir para Su gloria, “Dios es fiel y Sus promesas son verdaderas”.

Cuando llegué al final del mensaje, expliqué que para ‘bien de Su Nombre’ equivale a izar una bandera. No queremos tener una victoria *pequeña*, queremos tener victoria de *buenos tiempos*, izando la bandera en lo más alto del mástil. Queremos experimentar una victoria sobrecogedora, conquistadora, por Cristo quien nos ama. Uno de nuestros grupos de alabanza, comenzó “izando la bandera” al cantar *Es todo sobre ti*, una canción que habla de cómo todo es para la gloria y honra de Jesucristo.

Muchas de las personas que estaban en la sala habían conocido a mi abuela, y en ese momento la presencia del Señor fue sentida poderosamente por todos. Yo me levanté y empecé a ondear la bandera cristiana, símbolo de nuestra convicción de que estos difíciles “**camino de justicia**” serían por “**el bien de Su nombre**”.

Estábamos de duelo pero también celebrando.

Entonces mi hermano menor, Todd, se levantó de su asiento, caminó hacia el frente de la capilla, puso su brazo alrededor mío, y colocó su mano en el asta de la bandera. Esto al parecer no es gran cosa, pero realmente fue enorme, pues Todd había luchado espiritualmente por muchos años. Por un largo tiempo, estuvo totalmente desinteresado de las cosas de Dios, lo cual era una gran carga para todos nosotros, tal vez aún más para mi abuela. No quiero avergonzarlo dando los detalles porque lo amo mucho, pero déjenme sólo decirles que cuando estaba en sus veintes, estaba tan lejos de Dios que pensábamos, ¡que *nunca* regresaría!” Si usted le hablaba de Cristo, se ponía muy furioso y le cortaba abruptamente.

Mis padres y mi abuela fervientemente suplicaban a Dios por él; y Dios en Su gracia tomó la vida de Todd y la trajo de regreso. En los últimos años, Todd ha crecido muy cerca del Señor. Pero hasta ese momento, en el cual fue a mi encuentro en la izada de bandera, había sido muy reservado en cuanto a retomar su fe. Fue una victoria poderosa para él y para toda nuestra familia verlo ir en público para adorar a Cristo. De hecho, fue uno de los momentos más maravillosos de mi vida. ¡Gozo real, gozo de familia!

La esperanza está viva

Cuento esta historia acerca de mi familia porque quiero que usted tenga la misma esperanza para creerle a Dios y pedirle milagros similares de consolación y transforma-

ción sobrenatural en su familia. La esperanza siempre estará si estamos dispuestos a creer que los problemas del pecado causantes del dolor de nuestra familia, están al alcance de nuestro amoroso y perdonador Dios. La esperanza está viva cuando creemos que el Señor desea traer transformación a cada parte de nuestra familia, a pesar de lo oscuras o desesperadas que parezcan las necesidades en este momento.

El Salmo 42:5 dice: *¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, pues he de alabarle otra vez por la salvación de su presencia.*

UNA ORACIÓN PARA IR MÁS ALTO

Señor, gracias por la esperanza que solo encuentro en Ti. ¡La necesito tan desesperadamente hoy! Las cosas no están funcionando de la manera en que deberían en mi familia, y esto me está causando mucha pena y dolor. Reconozco que el pecado es la raíz del problema, y reconozco mi propia pecaminosidad (sea específico). No he sido el miembro de mi familia que podría y debería glorificar a Cristo. Límpiame de mi pecado y hazme recto delante de ti. Gracias por tener un futuro brillante para mi familia en Tu corazón; y escojo esperar y confiar en Ti para esto.

Señor, ayúdame a vivir en Tu gracia y a ser lleno de Tu esperanza cada día. Te pido esto en el precioso nombre de Jesús. Amén.

UN PROYECTO PARA PROFUNDIZAR

Alguien dijo que cuando se pierde la esperanza, se ha perdido todo. Es verdad, ¿no es cierto? Tome unos momentos en silencio para reflexionar sobre un periodo en su vida en el que perdió toda la esperanza. Es posible que haya sido por un tema doloroso de familia, como los que hemos discutido. Tal vez fue un obstáculo abrumador en el trabajo. O tal vez una insuperable lucha financiera. Cualquiera que sea la situación, atrapó sus pensamientos, sentimientos y emociones. ¿Qué sucedía dentro de usted en esos momentos?

Una vez haya hecho esto, piense acerca de lo que hizo la diferencia. ¿Qué lo sacó de la pista? Anote algunas cosas. Luego vaya al inicio de este capítulo y lea las promesas de la Palabra de Dios; medite en ellas. ¿Qué puede sacar de estos versículos que le ayudarán a vivir confiadamente y con poder durante esta semana?

UNA PRÁCTICA PARA IR MÁS LEJOS

En lo que sigue de este libro, estudiaremos cómo usted puede ser un instrumento de transformación para su familia. Pero esto es algo que nunca alcanzará sin la esperanza. ¿Está de acuerdo en que el dolor de familia es el resultado del pecado? ¿Está deseando volverse a Dios en este momento y pedirle Su perdón por sus aportes personales en el dolor de su familia?

Usted puede sentir que la culpa reside en otro lugar, pero no hay esperanza en esto. El trabajo de Dios en su familia empieza en los lugares donde usted está deseoso de reconocer sus propias fallas. Ahí mismo, en esos

lugares, la labor de transformación de Dios comienza. Lo que confesamos Dios lo limpia, y lo que Él limpia será trabajado para ser transformado. Los lugares donde Dios está comprometido para transformación, son aquellos donde debemos estar confiadamente esperanzados.

Tómese un tiempo ahora y escriba las cosas que quiere que Dios haga en su familia, y luego confiese lo que usted debe hacer en cada una de esas situaciones para que la obra de gracia de Dios pueda comenzar a renovarlas y usted pueda experimentar esperanza.

Necesidades matrimoniales

Mi parte

Necesidades de los hijos

Mi parte

Necesidades de los padres

Mi parte

Necesidades de los hermanos

Mi parte
